



HABITAR, LA CUALIDAD SIN NOMBRE Y LA ARQUITECTÓNICA: MEDITAR SOBRE UN MODO DE SER EN EL MUNDO QUE ESTÁ PERDIENDO SUS REFERENTES ESENCIALES

DWELLING, THE NAMELESS QUALITY AND ARCHITECTURE: MEDITATION ON A WAY OF BEING IN A WORLD THAT IS LOSING ITS ESSENTIAL

Javier Hernández Alpízar

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Arquitectura, Ciudad de México, México.



<https://orcid.org/0009-0000-3748-0456>, e-mail: her.javier2012@gmail.com

Recepción: 5 de septiembre de 2024 – Aceptación: 10 de diciembre de 2024

Resumen

Habitar es un modo de ser de los seres humanos, una manera de vivir y de comportarnos frente a lo otro y los otros, es decir, la naturaleza y los otros seres humanos. Este modo de ser ha sido ordenado por una cierta sabiduría de vivir, una arquitectónica, que gobernaba esencialmente nuestra manera de habitar, construir, cultivar, edificar, cuidar nuestro entorno natural y construido buscando un buen vivir. La erosión, el debilitamiento y la pérdida de tal sabiduría están provocando una crisis del habitar que se refleja en una carencia de arquitectónica y, por ende, en la ausencia de una verdadera arquitectura, que persiga lo que el arquitecto Christopher Alexander llamó la “cualidad sin nombre”.

Palabras clave: Fenomenología, Habitar, Calidad sin nombre, Arquitectónica, Arquitectura..

Abstract

Dwelling is a way of being of human beings, a way of living and behaving towards the other and the others, that is, the nature and the other human beings. This way of being has been ordered by a certain wisdom of living, an architectural one, that essentially governed our way of dwelling, living, cultivating, building, caring for our natural and built environment in search of a good life. The erosion, weakening and loss of such wisdom are causing a crisis of living that is reflected in a lack of architectural and, therefore, in the absence of a true architecture, which pursues what the architect Christopher Alexander called the “Nameless Quality”.

Keywords: Phenomenology, Dwelling, Nameless Quality, Architecture.

Mira esta ventana: no es sino un agujero en la pared, pero por ella todo el cuarto está iluminado.
 Cuando las facultades están vacías, el corazón está lleno de luz.
 Estando lleno de luz viene a ser una influencia
 por la que otros serán secretamente transformados.
 Thomas Merton

1. Introducción

La meditación de Martin Heidegger, en su conferencia “Construir, habitar, pensar”, dejó una marca y un impulso que ha llevado a diversos autores a reflexionar acerca del habitar y los problemas que enfrenta nuestra manera de hacerlo en el mundo actual.

Entre los arquitectos que han elaborado una propuesta para habitar y construir, recuperando el modo de ser humano, el habitar, situado en el mundo natural y cultural en el que puede tener su arraigo, se encuentra Christopher Alexander. Este arquitecto austriaco expresó que el modo intemporal de construir, es decir, el modo de hacerlo al que la arquitectura moderna quiso dar la espalda haciendo tabla rasa de historia, tradición y localidad, busca producir una cualidad emergente: la “cualidad sin nombre”.

La cualidad sin nombre nos hace sentir más vivos en ciertos lugares cuya producción y construcción resultó de manera orgánica, como la eclosión de una flor, en lugares gobernados por el modo intemporal de construir, es decir, por un lenguaje de patrones (de habitar y de construir) vivo, actuante, como un fuego, como una prolongación de la naturaleza.

La existencia de un modo intemporal de construir y de patrones (de evento o actividad y de espacio) significa un saber hacer y un saber vivir, un saber habitar que las culturas y los pueblos o grupos humanos, habitantes del mundo, tienen ya, o tenían, antes de la crisis que ha generado la imposición de la arquitectura moderna.

Esta sabiduría de habitar, proponemos aquí, es analogable o equiparable a lo que Karel Kosík ha denominado (retomando un concepto ya usado con anterioridad por filósofos como Aristóteles) una “arquitectónica”, es decir, un saber vivir bien, que es capaz de distinguir y jerarquizar entre lo esencial y lo accesorio, lo importante y lo secundario.

La pérdida de esta sabiduría, esta arquitectónica, ha dejado a las ciudades modernas huérfanas de una verdadera arquitectura: se trata de un olvido o un dar la espalda al habitar, de un quiebre en el saber hacer y saber vivir de los lenguajes de patrones y de una carencia de arquitectónica que, a decir de Karel Kosík, hace que no exista hoy una verdadera arquitectura, sino sólo un sucedáneo de ella.

El presente texto se propone recoger las reflexiones y meditaciones de Martin Heidegger sobre el olvido del habitar, de Karel Kosík sobre la pérdida de la arquitectónica y de Christopher Alexander sobre el quiebre en el lenguaje de patrones como una manera de vindicar el acercamiento de la reflexión y la práctica de la arquitectura a apuestas que buscan recordar el habitar, la arquitectónica y la “cualidad sin nombre”.

2. Habitar y construir: pensarlo con Martin Heidegger

En lo que sigue intentamos pensar sobre el habitar y el construir. Este pensar sobre el construir no tiene la pretensión de encontrar ideas sobre la construcción, ni menos dar reglas sobre cómo construir. Este ensayo de pensamiento no presenta en absoluto el construir a partir de la arquitectura ni de la técnica sino que va a buscar el construir en aquella región a la que pertenece todo aquello que es.
Martin Heidegger

Aunque parece correcto que la relación entre construir y habitar es una relación entre un medio y su fin, al pensar así, separados ambos conceptos y enlazados con esa relación instrumental, estamos perdiendo la esencia de ambos, según Heidegger: “Porque construir no es sólo medio y camino para el habitar, el construir es en sí mismo ya el habitar” (128).

Una de las premisas básicas de la fenomenología hermenéutica de Heidegger es atender, escuchar, a la exhortación del habla, de la lengua (el lenguaje, el idioma, en su caso el alemán y sus lenguas antecedentes como el griego, el latín y el gótico). Perdemos la relación esencial, la relación que nos permite meditar en el ser, con el habla, si la rebajamos a un mero instrumento o herramienta de comunicación.

Así que para no establecer una relación instrumental con el construir como un mero medio para habitar, ni con el habla o el lenguaje como un mero medio, Heidegger nos invita a escuchar la exhortación del lenguaje respecto a “construir”. En esa escucha de la lengua halla el filósofo de la Selva Negra un acceso a la esencia: “¿Qué significa entonces construir? La palabra del alto alemán antiguo correspondiente a construir, *buan*, significa habitar. Esto quiere decir: permanecer, residir. El significado propio del verbo *bauen* (construir), es decir, habitar, lo hemos perdido” (128).

En ese antiguo “*buan*” estaban connotadas las actividades de vivir, de habitar, de construir, y otras que hoy nombramos por separado, de esa manera ocultamos u olvidamos, perdemos la esencial unidad de todas estas actividades en habitar como un modo de ser en la tierra, como mortales:

El modo como tú eres, yo soy, la manera según la cual los hombres *somos* en la tierra es el *Buan*, el habitar. Ser hombre significa: estar en la tierra como mortal significa: habitar. La antigua palabra *bauen* significa que el hombre es en la medida en que habita; la palabra *bauen* significa *al mismo tiempo* abrigar y cuidar; así, cultivar (construir) un campo de labor (*einen Acker bauen*), cultivar (construir) una viña. Este construir sólo cobija el crecimiento que, desde sí, hace madurar sus frutos. Construir, en el sentido de abrigar y cuidar, no es ningún producir. (Heidegger 129)

Esta unidad originaria de las diferentes actividades del vivir en el habitar es importante en sí misma, tiene una riqueza que no se alcanza a comprender cuando se nombra con verbos distintos para cada actividad. Asimismo, subrayemos y no olvidemos que: “Este construir sólo cobija el crecimiento que, desde sí, hace madurar sus frutos. Construir, en el sentido de abrigar y cuidar, no es ningún producir” (Heidegger 129). Lo retomaremos con Christopher Alexander y su idea de que construir un edificio o una ciudad es como el crecer de un elemento natural, pues emerge de muchas acciones de muchos habitantes, de muchos actos de abrigar, cultivar y cuidar, y también se produce de manera “orgánica” como el florecer y dar fruto.

Sin embargo, regresando a Heidegger, esta separación en diferentes actividades nos hace olvidar la poderosa unidad originaria de habitar: “Luego estas actividades reivindican el nombre de construir y con él la cosa que este nombre designa. El sentido propio del construir, a saber, el habitar, cae en el olvido” (129).

Esa separación, abstracción, entre las palabras con que nombramos las actividades del habitar, del vivir, nos hace olvidar no solo la unidad originaria de construir y habitar, sino el ser del ser humano, el modo de ser en el mundo del ser humano como mortal, como quien habita. El olvido del habitar está relacionado o asociado al olvido del ser: así como el olvido del ser hace a la filosofía preguntar por el ente y olvidar preguntar por el sentido de “ser”, el olvido del habitar deja de lado que es un modo de ser del ser humano y lo oculta detrás de las ideas separadas de diferentes actividades como construir, edificar, cultivar, que pueden tener entre sí relaciones instrumentales o de fines y medios, o bien que parecen garantizar el producir y construir como un traer la presencia técnica: donde la relación con lo otro, la naturaleza, es también ya instrumental: el ente natural como un recurso natural, un insumo o un medio para que el humano produzca y construya, y no el habitar como una *poiesis* que prolonga a la *physis*, una actividad tan natural como albergar y cuidar lo que da fruto.

Asimismo, habitar no es algo que meramente se produce. No es un ente que se trae a la presencia cuando se conjugan una serie de cualidades objetivas en una vivienda. En contraste con esa idea de ente un objeto producido, habitar es un fenómeno de ser, es algo que ocurre, que acontece, un evento. Y, así como puede acontecer, puede también no acontecer. Esto ya lo había cuestionado el conferencista al inicio de su discurso:

En la actual falta de viviendas, tener donde alojarse es ciertamente algo tranquilizador y reconfortante; las construcciones destinadas a servir de vivienda proporcionan ciertamente alojamiento; hoy en día pueden incluso tener una buena distribución, facilitar la vida práctica, tener precios asequibles, estar abiertas al aire, la luz y el sol; pero: ¿albergan ya en sí la garantía de que acontezca un *habitar*? (Heidegger 127-128)

Esto es, que habitar no es una presencia que esté asegurada por la forma o la materia o la disposición de las viviendas o edificaciones como objetos, sino un acontecer que emerge de una relación entre el habitante y su entorno, sea la naturaleza o las edificaciones.

Asimismo, el habitar emerge, surge o acontece, pero el ser humano en tanto que habita no es pasivo: en tanto que habitar es su modo de ser, es un comportamiento, un hacer: y este hacer es cuidar, preservar lo que cuida llevándolo a lo libre, a su esencia:

Habitar, haber sido llevado a la paz, quiere decir: permanecer a buen recaudo, apriscado en lo *frye*, lo libre, es decir, en lo libre que cuida toda cosa llevándola a su esencia. El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (*mirar por*). Este rasgo atraviesa el habitar en toda su extensión. Esta se nos muestra así que pensamos en que en el habitar descansa el ser del hombre, y descansa en el sentido del residir de los mortales en la tierra. (Heidegger 131)

Residir no es un mero estar ahí, sino un cuidado de toda cosa: es atención, mirar por, y actividad: cuidar, cultivar, meditar, construir, edificar. Y hacer todo esto como mortal en la tierra, es decir, como quien tiene habla (el *logos* reúne, alberga, aprisca: lleva a la esencia a lo que es), sabe que su tiempo es finito, que es mortal, y se encuentra encuadrado en la cuaternidad: tierra y cielo, mortales e inmortales:

[...] «en la tierra» significa «bajo el cielo». Ambas cosas significan «permanecer ante los divinos» e incluyen un «perteneciendo a la comunidad de los hombres». Desde una unidad originaria pertenecen los cuatro -tierra, cielo, los divinos y los mortales a una unidad. (Heidegger 131)

Esto es, que la materialidad del habitar se erige entre la tierra (lo que no sólo da soporte, sino que también oculta, resguarda en su seno) y el cielo (o mundo), lo que aparece, lo que es fenómeno y resplandece, a partir de lo que de la tierra, ocultándose, lo sustenta.

Asimismo, está considerada la dimensión espiritual o simbólica de habitar: ser un mortal entre otros mortales, con quienes se comparte el habla, el *logos*, y un tiempo finito. Y la situación de ser ante los inmortales, respecto a los cuales, no queda claro si mensajeros de los dioses, o los dioses mismos, o bien un Dios, pero siempre lo otro de la condición de ser mortal.

Curiosamente, para Christopher Alexander, uno de los rasgos de la cualidad sin nombre es recordarnos que somos mortales. Por ello, es quizá el momento oportuno de abordar los conceptos de este arquitecto.

3. La cualidad sin nombre, el modo intemporal de construir y el lenguaje de patrones

A lo largo de la historia, los tejidos urbanos construidos para la vida diaria fueron fruto del alojamiento combinado con la artesanía. Ambas cosas compartían un tipo de casa que encarnaba la cultura local: un saber común que permitía mejoras y variaciones graduales a lo largo del tiempo. Esos tejidos urbanos constituían, por supuesto, la mayor parte del volumen construido de la ciudad y en gran medida definían su identidad para los visitantes.

John Habraken

El arquitecto austriaco Christopher Alexander, en polémica con la pretensión de la arquitectura moderna de crear como novedad una arquitectura racional, higienista para el ser humano genérico, una arquitectura universal, internacional, ajena a las tradiciones e historias locales y regionales de habitar y de construir, vindicó un modo de construir al que calificó de intemporal o atemporal, es decir, un modo de construir que ha existido siempre, desde que los seres humanos habitan y construyen. Así lo enuncia:

Un edificio o una ciudad sólo estarán vivos en la medida en que sean gobernados por el modo intemporal.

1. Se trata de un proceso que extrae el orden sólo de nosotros mismos: no puede alcanzarse; ocurrirá espontáneamente si se lo permitimos. (10)

Traemos de nuevo a colación el pensamiento de Heidegger: “Este construir sólo cobija el crecimiento que, desde sí, hace madurar sus frutos. Construir, en el sentido de abrigar y cuidar, no es ningún producir” (129).

Al modo intemporal gobierna una arquitectura verdadera, “viva”, solamente en la medida en que el habitante no se comporta como un productor moderno (un arquitecto moderno) que cree ser al autor del orden, de la morfología, de la espacialidad, de la materialidad de esa construcción, porque es un proceso que extrae el orden de nosotros pero no como un producir moderno, sino como un ocurrir espontáneo que deja como tarea al habitante el abrigar y cuidar.

Así como Heidegger insinúa que como resultado del construir puede no ocurrir, no acontecer un habitar, aunque se construyan viviendas bien distribuidas, soleadas, cómodas y asequibles, Alexander piensa que una construcción no gobernada por el modo intemporal no permitirá surgir, aparecer, a la cualidad sin nombre.

La cualidad sin nombre es la orientadora del modo intemporal de construir, es lo que el ser humano busca al habitar y al construir, y ésta cualidad es así:

Para acceder al modo intemporal debemos primero conocer la cualidad sin nombre.

2. Existe una cualidad central que es el criterio fundamental de la vida y espíritu de un hombre, una ciudad, un edificio o un yermo. Dicha cualidad es objetiva y precisa pero carece de nombre.

3. La búsqueda que de esta cualidad hacemos en nuestras propias vidas es la búsqueda central de toda persona y la esencia de la historia individual de cada persona. Es la búsqueda de aquellos momentos y situaciones en que estamos más vivos. (Alexander 10)

La emergencia, el suceder de esta cualidad sin nombre como situación “en que estamos más vivos” es, a nuestro parecer, el ocurrir o acontecer del habitar, el momento en que se realiza o actualiza nuestra vocación de habitar como mortales: “La cualidad sin nombre [...] al mismo tiempo es tan corriente que de alguna manera nos recuerda lo efímero de nuestra vida. Se trata de una cualidad levemente amarga” (Alexander 43).

Nos parece que el arquitecto austriaco llama “objetiva” a esta cualidad sin nombre solamente para indicar que es precisa y que no puede disolverse en la “subjetividad” del gusto o el relativismo, porque no es un logro de la destreza de los constructores o la genialidad de los diseñadores, sino un proceso que surge o emerge de la naturaleza, de los seres humanos y sus muchas acciones del entorno natural (sol, lluvia, aire, plantas, animales, tierra, montañas, etcétera):

No se trata solo de la simple belleza de la forma o del color. Esto el hombre puede lograrlo sin hacer naturaleza. No se trata únicamente de la adecuación al objeto. El hombre también puede lograrlo sin hacer naturaleza. Y no sólo se trata de la cualidad espiritual de una bella música o de una serena mezquita, cualidad que proviene de la fe. El hombre también puede lograrlo sin hacer naturaleza. (Alexander 43)

No precisan solamente la habilidad o el buen gusto del ser humano, constructor, arquitecto, ingeniero o artista, para hacer un objeto maravilloso o prodigioso, sino que se trata de “hacer naturaleza”, esto es, hacer que el entorno o el hábitat construido sea una prolongación de la *poiesis* de la *physis*.

Para comprender cómo se genera la cualidad sin nombre que persigue construir el modo intemporal, Alexander nos enseña que existen patrones (regularidades, repeticiones universales, pero contextualizadas) tanto de actividades o eventos, lo que sucede, ya sean actividades humanas (comer, platicar, jugar, dormir, caminar, orar, pintar, leer, cantar, regar el jardín, etcétera) como los eventos naturales (llover, soplar el viento, caer las hojas de los árboles, el calor y la luz del sol, las olas del mar, la nieve, un sismo, el anochecer, el amanecer, etcétera). Y para habitar, hacer posible la resolución favorable de las energías o las fuerzas puestas en juego en esos eventos, se necesitan patrones de espacialidad: una mesa

para sentarse a comer o tomar un té, un banco para estar bajo la sombra de los árboles, un techo que nos cobije del sol o la lluvia, un sendero para caminar o para ir en bicicleta o en automóvil, una habitación para dormir o tener un estudio o un taller, un barrio donde estén viviendas, espacios públicos, edificios de gobierno, comercio, entre otros.

Si los patrones de evento y actividad son armónicos con los patrones espaciales, entonces los eventos y actividades se despliegan vitalmente, cualquier inadecuación estorba, entorpece o disminuye la resolución de las fuerzas en conflicto de un evento: un lugar ruidoso donde no se puede realizar una clase, un lugar frío donde no se puede dormir, un lugar demasiado estrecho donde no se puede realizar una asamblea, un sendero incómodo donde se camina con dificultad o no pueden circular vehículos, un techo con partes dañadas que deja filtrar agua de lluvia, etcétera.

En cambio, cuando los patrones de evento y de espacio son acordes, Alexander dice que son patrones vivos, y de su conjunción, emerge la cualidad sin nombre, porque el lugar (vivienda, jardín, edificio, camino, templo, estanque, etcétera) parece surgir de la naturaleza y tiene una dinámica autoalimentadora que lo hace viviente, sustentable:

7. Cuanto más patrones vivientes haya en un lugar –una habitación, un edificio o una ciudad–, tanta más vida cobrará ese lugar como totalidad, tanto más relucirá tanto más poseerá ese fuego autoalimentador que es la cualidad sin nombre.

8. Cuando un edificio cuenta con este fuego, se convierte en parte de la naturaleza. Al igual que las olas del mar o las hojas de hierba, sus partes están gobernadas por el juego infinito de la repetición y la variedad creado ante el hecho de que todo pasa. Esta es la cualidad propiamente dicha. (Alexander 12)

Creemos que no es forzar demasiado equiparar y analogar el emerger o el ocurrir de esta cualidad sin nombre con el ocurrir un habitar de Heidegger: en ambos casos hay un respeto por la *physis* y su *poiesis*, y hay un arraigo, un estar asentado del habitante (o los habitantes) a un lugar, por su inclusión y participación en la cuaternidad, en el caso de Heidegger, y por haber comprendido y puesto en juego el modo intemporal, los patrones vivos de habitar y de construir, que permiten ser o emerger a la cualidad sin nombre, en el caso de Alexander.

La cualidad no tiene nombre porque cualquier nombre que intentemos ponerle: cómodo, eterno, bello, confortable, viviente, integral, etcétera, nos ilumina una parte de lo que la cualidad es, pero oscurece otros aspectos de la misma. Por ello, Alexander la denomina como “cualidad sin nombre”. Es tan difícil de decir con precisión como los fenómenos de ser, que muestran algunos aspectos, pero ocultan otros: cielo o mundo se muestran, mientras que la tierra oculta su secreto, según Heidegger.

Los pueblos y culturas del mundo conocían este modo intemporal porque, de acuerdo con Alexander, construían y buscaban dar vida, dar lugar a la cualidad sin nombre en sus sitios y edificaciones, pero el modo intemporal se ha perdido porque el portal para acceder a él, el lenguaje de patrones, se ha olvidado total o parcialmente, y sus vasos comunicantes con la vitalidad de la naturaleza se han obturado: “Pero en nuestra época los lenguajes se han quebrado. Dado que ya no son compartidos, los procesos subyacentes se han roto y, en consecuencia, para cualquier persona de nuestros días es prácticamente imposible dar vida a un edificio” (Alexander 12).

Cuando Alexander dice “para cualquier persona” incluye a los constructores y proyectistas profesionales como arquitectos e ingenieros, pero, además, se refiere a otra cosa, que cuando no se ha perdido el lenguaje de patrones, es decir, el portal al modo intemporal de construir, no solamente los arquitectos sino cualquier ser humano, cualquier habitante, puede construir los más bellos edificios y ciudades, porque todos habitan-construyen en el sentido colectivo, con miles de actos que generan patrones vivos, de cuya interacción emerge el modo intemporal y su cualidad de “hacernos sentir más vivos”.

El hecho de que los lenguajes de patrones de habitar y construir “se han quebrado” coincide plenamente con el diagnóstico heideggeriano de que se ha olvidado el habitar (junto con el olvido del ser) y también con lo que Karel Kosík, un filósofo de formación marxista, quien a más edad fue recibiendo impulsos de Heidegger, enunció como olvido o pérdida de la “arquitectónica”.

4. La arquitectónica, su ausencia y la carencia de una verdadera arquitectura en las ciudades contemporáneas.

Lo peor son las casas que hacemos.
Eso no son casas, eso son... eso son almacenes de gente.
Se le revuelve a uno el estmago.
Michael Ende

Si Martin Heidegger encontró en su meditar que asistimos a un olvido del habitar y Christopher Alexander que se han quebrado procesos subyacentes del lenguaje de patrones, Karel Kosík diagnostica que, en la época moderna, no tenemos una verdadera arquitectura porque es una época antiarquitectónica o una época sin arquitectónica:

Más esencial que la arquitectura como actividad especializada es la arquitectónica como delimitación histórica de la realidad. En la antigüedad se fundaban ciudades y había arquitectura porque la propia disposición de la realidad era arquitectónica. En la época moderna la

arquitectura se va convirtiendo en un sistema constructivo basado en la técnica y la ingeniería porque la disposición básica de la realidad es antiarquitectónica. (“El triunfo...” 55)

Y para entender esto, tenemos que aclarar que la “arquitectónica” no es una forma abstracta o sofisticada de hablar de la arquitectura: hoy parece que tenemos arquitectura porque se construyen edificios, y estos objetos construidos, enormes muchos de ellos, están en lo que aún llamamos “ciudad”, pero Kosík encuentra que se trata de resultados, productos de la ingeniería y los sistemas constructivos sin una verdadera arquitectura, la cual no puede haber porque en la modernidad no tenemos una arquitectónica. La enunciación de esto no puede ser más contundente, lapidaria diríamos:

Las épocas históricas o bien tienen arquitectura porque son arquitectónicas o no la tienen porque remplazaron la arquitectónica por algo que exteriormente puede parecerse a la arquitectónica o incluso llamarse así, pero que por su esencia es solamente una impostura o un sucedáneo. Parecerse a la verdad y no serlo significa vivir en lo no verdadero; las épocas que remplazan la arquitectónica por un sucedáneo o un símil, convierten lo no verdadero en elemento básico de su existencia. La arquitectura moderna produce y reproduce los cimientos antiarquitectónicos de la época moderna. Y como la época moderna ha perdido arquitectónica carece también de una verdadera arquitectura. (“El triunfo...” 55)

¿Qué es, pues, eso que hoy no tenemos y que sí tenían culturas, pueblos, sociedades y ciudades antes de nuestra modernidad? ¿Qué está diciendo Kosík con “arquitectónica”?

Karel Kosík se lo pregunta explícitamente y se responde con una explicación que pone el acento en el saber de los seres humanos, porque antes ha dicho que la arquitectónica no es algo que hayan perdido los arquitectos sino que hemos perdido todos los ciudadanos modernos:

¿Qué es la arquitectónica? El actuar y el saber arquitectónicos determinan qué es esencial y qué es secundario, definen la meta (*telos*) que motiva todo lo que se hace. La arquitectónica es una diferenciación que no solamente distingue lo esencial de lo secundario sino que también otorga a lo principal, a lo importante, a lo sustancial, un puesto elevado y lo define como el sentido de todo lo que se hace, en comparación con lo cual todo lo demás es auxiliar, concomitante, suplementario y dependiente. La arquitectónica es una articulación y un ritmo de la realidad en el que la vida se divide en trabajo y tiempo libre, en guerra y paz, en actividades necesarias y útiles, por una parte, y en actividades elevadas y bellas, por la otra, estando —y esa es la esencia de la arquitectónica— lo primero sometido a lo segundo: lo secundario responde a lo sustancial. La guerra se hace por la paz, para la paz, el trabajo para el tiempo libre, las cosas útiles para las cosas hermosas, como dice Aristóteles. (“La ciudad...” 71)

La capacidad de jerarquizar y ubicar prioridades en la vida humana, la colectiva, la política, la vida en la ciudad, es algo sin lo cual nuestra vida no puede ser realmente sensata, sabia, prudente (diríamos, tratando de aludir a la *phrónesis* de Aristóteles, una virtud intelectual, es decir, de entendimiento, ético y político). Incluso, hemos dicho mucho tiempo que urbanidad es esa capacidad de refinamiento de las formas de convivencia, de la vida entre seres humanos que comparten esas distinciones y jerarquías, que tienen consensos, estimaciones entendidas de lo importante y lo secundario.

La falta de esta orientación hace que no pueda haber una arquitectura; porque sin ese saber distinguir y jerarquizar se pierde en sentido del habitar y se prioriza el objeto o el espacio (y su precio o su “economía”). O, para decirlo como Alexander, no se logra la cualidad sin nombre, y los patrones socio espaciales o de habitar y espacialidad se vuelven patrones inertes, no vivos, taxidérmicos: como una ciudad disecada: idéntica imagen, pero sin vida. La arquitectónica es una sabiduría de la vida, un saber vivir bien, un saber del buen vivir:

La arquitectónica significa que la gente, en su vida, da prioridad a algo y únicamente en la medida en que logra vivir esa diferencia vive dignamente. La arquitectónica determina y prescribe que es necesario trabajar y hacer la guerra pero que hay que dar prioridad a la vida en paz y al tiempo libre; es necesario hacer las cosas necesarias y útiles pero debe darse prioridad a las cuestiones bellas en el sentido del término griego *to kalon* | lo elevado, lo digno, lo sublime. (Kosík, “La ciudad...” 71)

En la ciudad moderna se puede leer, desde una primera mirada, que se prioriza el transporte (público o privado, colectivo o individual) sobre el habitar:

El señor oculto de la época moderna (*dominus absconditus*) es la continuidad y la omnipresencia del funcionamiento, la petrificación y la divinización de únicamente uno de sus componentes: el transporte. Todo está sometido al transporte y a su servicio; él es el soberano en marcha a quien ceden el paso la naturaleza, la historia, los monumentos, la moral, dejando vía libre a su expansión. Este dictador omnipresente tiene poderes ilimitados y lo somete todo a sus necesidades, pone a la realidad a su servicio. Es el señor y el maestro de la transformación generalizada y de la perversión universal. Lo que por su esencia está dedicado a la relación entre la gente y al encuentro, lo que la tradición construyó y reconoció como lugar para la estancia y el contacto entre las personas —la calle y la plaza— todo eso se convierte hoy en un espacio del que es expulsado lo humano, lo ciudadano, lo público, lo político. Estos espacios han sido conquistados por el transporte, que degrada, avasalla, rebaja y convierte las calles y las plazas en simples vías de paso, en superficies para el aparcamiento de vehículos. (Kosík, “El triunfo...” 60)

Basta leer en términos de espacio una ciudad como Los Ángeles o la Ciudad de México: todo el espacio y, por tanto, el trabajo, la actividad económica, el peso dado respecto a lo demás en la ciudad se manifiesta para ver que no hay arquitectónica, pues la jerarquización pone de cabeza las cosas: es más importante un automóvil que la historia, la sociedad, lo sagrado, la memoria, la convivencia. Es una sociedad necia y no una sociedad sabia, donde las personas parecen amar más a su automóvil que a sus padres o sus hijos, o mucho más que a sus vecinos.

Según Karel Kosík lo que ha desplazado a la arquitectónica es el “método”, que nació como gran descubrimiento moderno con Descartes, pero que se hipertrofió como el mecanismo, el proceso central de producir realidad: así como se producen conocimientos científicos en el papel, con trazos geométricos y cálculos matemáticos, o en el laboratorio científico moderno, los objetos, y luego la ciudad entera, se producen en la cadena industrial: un solo método, racional, científico, positivista (diría Heidegger, metafísico), con el que se producen automóviles, hamburguesas, cepillos de dientes, medicamentos, libros y revistas, casas, ciudades, todo.

Ante esa producción homogeneizadora, no resulta raro que los arquitectos piensen en organizar la ciudad a partir de tan sólo cuatro funciones (habitar, trabajar, recrearse, transportarse), porque es la misma cadena de producción industrial en la que habitar es trasladarse en una banda móvil que nos lleva a cada momento separado de producir, fabricar, elaborar, manufacturar, troquelar.

Así es como las casas son almacenes de personas, donde pasan un tiempo mínimo antes de ir a trabajar en los talleres, fábricas, industrias y almacenes de mercancías, o de ir a recrearse en los edificios de la industria del entretenimiento, y, entre todos ellos, circular, moverse, trasladarse, transportarse.

El habitar queda cada vez más olvidado; el cultivar es una actividad agroindustrial; el construir es el trabajo de una especializada industria inmobiliaria, y el vivir es algo que no sabemos qué es porque siempre estamos ocupados produciendo, consumiendo o entreteniéndonos.

Nuestra relación con los otros seres humanos queda mediada por toda clase de ad-minículos tecnológicos o supeditada a tiempos muy cortos, porque la banda móvil que nos lleva por la ciudad va muy a prisa.

Nuestra relación con las cosas, a toda escala, desde nuestra taza para beber café, sustituida por un vaso desechable, hasta el espejo para peinarnos o el vehículo en que nos transportamos, todo ello es un producto desechable, o tan parecido a los de su serie que no nos deja impresiones poéticas ni sublimes, ni pintorescas. En todo caso, si funciona bien,

se vuelve invisible y no deja particular recuerdo. En cambio, se vuelve motivo de queja si, por alguna razón, falla y nos hace perder el tiempo en nuestra circulación por la ciudad como productores-consumidores.

El hecho de que vivamos entre objetos que no podemos recordar ni mucho menos estimar o extrañar, sino siempre en busca de funcionalidad, de mayor eficiencia, de circulación menos lenta, va volviendo también insulsa, insustancial, nuestra experiencia, sin nada memorable:

La memoria significa originalmente que el hombre tiene en la mente lo que ocurre, mientras que la pérdida de la memoria significa que la mente de la gente está ocupada por cuestiones secundarias que bloquean y paralizan la salvadora y liberadora acción de la verdadera memoria. Por eso el hombre debe liberar su memoria del aluvión de cosas insustanciales, debe hacer memoria de quién es en realidad como hombre. Y en este hacer memoria, en este despertar del recuerdo será consciente de que el primer paso para la salvación o la fundación de las ciudades es la renovación de la arquitectónica del mundo. (Kosík, "La ciudad..." 80)

No solamente en las viviendas, en los barrios, colonias, poblados, no ocurre un habitar, sino que hemos olvidado que no ocurre, porque no encontramos la cualidad sin nombre. Sin embargo, no solemos echarlo de menos, pues no tenemos tiempo para percatarnos de lo insustancial del paisaje urbano, de los caminos por los que transitamos entre lugares insustanciales, nada memorables o solo recordables como marcas para el camino de regreso. En ninguno de esos lugares acontece un habitar; estamos en todos esos espacios como extraños, de paso y con prisa.

O quizá pensamos que habitar es algo que podemos comprar, como la experiencia de unas vacaciones, vivencias de las que nos queden como testimonios: fotos, videos, *souvenirs*.

5. Conclusiones

Tratar de recuperar la memoria de habitar, de la cualidad sin nombre o de la arquitectónica es quizá el mismo proceso: pasar del olvido o el ocultamiento del habitar al recuerdo, que no es meramente una iluminación teórica sino la recuperación de una forma de vivir. Saber que no estamos en un espacio genérico que se puede producir industrialmente (tecnocientíficamente) para ser funcional, sino buscar la cualidad sin nombre, donde nos sentimos más vivos, donde un habitar ocurre, donde nuestro saber vivir (nuestra arquitectónica) sí habita, construye y vive en una verdadera arquitectura. Una que está gobernada por el modo de construir completamente atento a nuestros patrones culturales, locales,

colectivos e individuales de vida; patrones socioespaciales no homogéneos, no intercambiables de un lejano lugar a otro o de un contexto a otro, sino arraigados ahí donde para nosotros está el entrecruce de tierra, cielo, mortales e inmortales, de nuestro habitar y el espacio que las acciones de los habitantes han hecho surgir como una prolongación de la naturaleza. Donde un saber habitar (una arquitectónica) ha fundado una ciudad y construido una verdadera arquitectura, y no un sucedáneo.

Referencias

- Alexander, Christopher. *El modo intemporal de construir*. Gustavo Gili, 1981.
- Ende, Michael. *Momo*. Alfaguara, 1996.
- Habraken, N. John. “Antes y después de la vivienda moderna”. *La arquitectura de la vivienda colectiva*, editor por Joseph Montaner. Reverté, 2015.
- Heidegger, Martin. “Construir, habitar, pensar”. *Conferencias y artículos*. Traducido por Eustaquio Barjau. Ediciones del Serbal, 1994.
- Kosík, Karel. “El triunfo del método sobre la arquitectónica”. *Reflexiones antediluvianas*. Ítaca, 2012.
- Kosík, Karel. “La ciudad y la arquitectónica del mundo”. *Reflexiones antediluvianas*. Ítaca, 2012.
- Merton, Thomas. *El camino de Chuang Tzu*. Trotta, 2020.